

ENVEJECIMIENTO Y SEXUALIDAD ALREDEDOR DE LA HISTORICIDAD DE SU VIVENCIA Y SUS DETERMINACIONES PSICOSOCIOCULTURALES

Gustavo Garita Sánchez

“Fundiros y ser como arroyuelo
que canta su melodía a la noche”

Gibrán (*Del Amor*)

RESUMEN

La sexualidad en el envejecimiento no es únicamente el resultado de factores o cambios fisiológicos, es especialmente el resultado de la confluencia de factores históricos tanto personales como socioculturales de carácter ideológico, psicológico, simbólico, de género, inconscientes y/o neuróticos desde épocas anteriores, en medio de los cuales se re-actualizan la vivencia y los significados que a través de las diferentes fases del desarrollo, han predominado en el ciclo de vida en particular. Se considera de ese modo la conveniencia de inscribirse en un análisis idiográfico que permita la comprensión de las diversas formas de asumir y vivir la sexualidad en esta fase del ciclo vital.

PALABRAS CLAVE: ENVEJECIMIENTO * SEXUALIDAD * SOCIEDAD * CULTURA * VIEJISMO * SIGNIFICADOS * HISTORIA PERSONAL

KEY WORDS: AGING * SEXUALITY * SOCIETY * CULTURE * SIGNIFICANTS * AGEISM * PERSONAL HISTORY

1. CAMBIOS EN LA FISIOLÓGÍA Y RESPUESTA SEXUAL EN EL ENVEJECIMIENTO

Con el propósito de conocer las principales variaciones que en esta área se presentan y determinan —fisiológicamente—, las respuestas generales en las fases del ciclo sexual en el envejecer, pero, especialmente, como herramienta para la reflexión —en los siguientes apartados— acerca de la influencia que tales modificaciones fisiológicas y

las creencias en torno a ellas, podrían tener sobre *la vivencia y asunción de la sexualidad* en las personas en su envejecer, se hará una muy breve exposición de los cambios normales y esperados tanto en hombres como en mujeres de mediana edad y en la vejez. Para tales efectos se tomarán como base los trabajos efectuados por Master y Johnson (1978), así como los aportes de Salvarezza (1988) y Butler y Lewis (1988).

Como preámbulo es necesario resaltar tal y como es de conocimiento general que las exposiciones que Master y Johnson (1978), efectúan de la fisiología sexual, no corresponden a generalizaciones estadísticas sino al ámbito de los estudios de casos en sus investigaciones clínicas de laboratorio. Las cuales, se realizaron durante una década en el estudio de la respuesta sexual humana en general y específicamente de la sexualidad geriátrica en particular durante cuatro —y hasta siete años en algunos casos— con 152 mujeres (de 51 a 80 años) en entrevistas socio y psicosexuales, de las cuales 34 participaron activamente en las investigaciones de laboratorio y, con 212 hombres (de 51 a 90 años) en las entrevistas y 39 en las indagaciones de laboratorio. Además, tal como lo indica Salvarezza (1988), la tendencia general de referencia hacia estos trabajos a pesar de no representar ley o axioma alguno, responde tanto por su relevancia y rigurosidad, como por la escasez de investigaciones acerca de la fisiología sexual en el proceso de envejecimiento. Estos estudios se retoman entonces aquí con la doble finalidad de conocer objetivamente, desde la perspectiva fisiología (que constituye tan solo *una* de las vertientes para la comprensión de la sexualidad), las posibles respuestas sexuales de las personas viejas y de mediana edad, y a su vez, como una oportunidad para la confrontación posterior con las creencias y expectativas estereotipadas, que socioculturalmente en el ámbito de la sexualidad en el envejecer, aún hoy todavía persisten.

Así, en términos generales Master y Johnson (1978), concluyen que tanto en el hombre como en la mujer en relación con el envejecimiento, se presentan *cambios objetivos normales en la capacidad de respuesta y tiempo de reacción ante los estímulos sexuales*, observándose también que *la actividad sexual regular puede evitar algunos de los inconvenientes ligados al envejecimiento* tales como la disuria y la dispareunia en la mujer y la dificultad en el hombre de alcanzar por completo la erección. Por otra parte y en lo que se refiere a aspectos más específicos asociados con cada uno de los géneros, se concluye que:

En el hombre las mayores diferencias encontradas en relación con los más jóvenes¹, responden a *la duración* de cada una de las fases del ciclo sexual, presentándose *mayor lentitud en la erección, el acoplamiento y la eyaculación* (Master y Johnson, 1978).

La erección es más lenta de alcanzar independientemente de la efectividad de los estímulos sexuales y una vez alcanzada *podrá ser mantenida durante largos períodos antes de la eyaculación*. Lo que lo diferencia positivamente de un hombre joven quien para poder lograrlo debe adiestrarse en ello o evitar la intensidad excesiva o la gran variación de las técnicas de estimulación. Así, aseguran que, “... Independientemente de la variedad o efectividad del estímulo sexual, la habilidad para mantener la erección peneal por lapsos prolongados sin eyaculación se asocia con el proceso de envejecimiento...” (Master y Johnson, 1978: 225). Argumentan además que la erección no se alcanza por completo en particular después de los 60 años, sino, hasta momentos previos de la experiencia eyaculatoria y por un corto período, lo que significa que previamente aunque la erección no se alcanza por completo, *sí se hace posible la penetración*. Se advierte no obstante de forma paralela (Master y Johnson, 1978), cómo, algunos hombres (por encima de los 60 años) que pierden la erección antes de la eyaculación, les será muy difícil volver a ella independientemente de la continuación de las técnicas de estimulación que antes resultaron efectivas, lo que ha sido en llamar período refractario secundario (Master y Johnson, 1978). Señalan también (Master y Johnson, 1978), que se presenta la reducción de la presión eyaculatoria.

Paralelamente, la sensación de inevitabilidad eyaculatoria y de que “la eyaculación se

1 Es importante anotar tal como lo señalan los autores y las autoras, que las comparaciones a las que se hace referencia se realizan con el propósito de conocer los cambios objetivos en el envejecimiento, y no con fines comparativos-descalificadores y de competencia entre la sexualidad de hombres jóvenes y viejos. Responde en cambio a una comparación con el objetivo de aproximarse al conocimiento y comprensión de los cambios de edad en esta área del desarrollo.

aproxima” —en el que no se puede controlar ni demorar el proceso— que experimenta el hombre joven en un intervalo de dos a tres segundos, se reduce, de forma significativa en el hombre después de los 50 años de edad hasta perderse toda sensación de esta inevitabilidad en la eyaculación (Master y Johnson, 1978). Asimismo, si la erección se mantiene por un lapso prolongado más que una eyaculación enérgica lo que se produce es un escape de semen que una fuerte expulsión.

Sin embargo, tal como Butler y Lewis (1988) expresan:

... ninguno de esos cambios fisiológicos interfiere en la experiencia del placer orgásmico extremo, ni siquiera cuando la conciencia preeyaculatoria se altera o desaparece por completo. Naturalmente, la fuerza del orgasmo también se reduce cuando una pareja prolonga voluntariamente los preliminares antes del clímax. A medida que se hacen mayores, a los hombres se les ofrece la posibilidad de escoger entre un período ampliado de placer sexual, con un orgasmo mediano, o un momento más breve, con un orgasmo más intenso (Pág. 32).

Otro de los cambios es la reducción en el volumen del líquido seminal (Butler y Lewis, 1988), lo que implica que se desarrolla una menor necesidad de eyacular así como el hecho de que el hombre que pasa los sesenta años se sentirá satisfecho con una o dos eyaculaciones semanales, con independencia, de las oportunidades para el contacto genital o de las demandas de la pareja; *lo que no significa* sin embargo desaparición del deseo sexual (Master y Johnson, 1978). En esta misma línea Butler y Lewis sostienen que, “... Los hombres informados y satisfechos de sí mismos, tendrán relaciones sexuales con erecciones potentes, con tanta frecuencia como deseen, aunque quizá solo eyaculen una vez por cada dos o tres que hacen el amor” (1988, pág., 33). De igual manera Salvarezza (1988), señala que Kinsey “... ha demostrado que la frecuencia promedio de las relaciones sexuales a los 30 años es de 3 veces por semana y que disminuye a 1 a los 60 años y a 0, 3 a los 75. Pero esto no

tiene nada que ver con el placer; este se obtiene del ejercicio de la función y no de la cantidad” (pág., 153).

En lo que respecta al periodo refractario se señala que existen dos diferencias en relación con el hombre joven: 1) Se hace más largo en la mediana edad desde unas horas hasta unos días en la vejez, de 12 a 24 horas aproximadamente (Master y Johnson, 1978; Butler y Lewis, 1988). 2) La detumescencia del pene después de la eyaculación es tan rápida que las etapas primaria y secundaria del joven en esta fase no se presentan en el envejecimiento. Empero, la erección podría alcanzarse en un tiempo menor pero sin experimentar urgencia de eyaculación, es decir, podría mantenerse el coito satisfactoriamente tanto para él como para su pareja aunque sin necesidad de eyacular, tal como ya ha sido indicado líneas atrás.

Es importante apuntar finalmente de acuerdo con Master y Johnson (1978), Butler y Lewis (1988) y Salvarezza (1988), cómo a pesar de tales cambios en el área fisiológica, no se imposibilita el ejercicio de la actividad sexual genital, ni el placer, *y por su puesto la satisfacción general* de una relación sexual íntima en un hombre viejo y de mediana edad. Master y Johnson (1978), concluyen del mismo modo, que la habilidad de respuesta en el hombre viejo puede ser mantenida con una estimulación conveniente hasta después de los 80 años de edad.

Con respecto a la mujer y también en relación con las más jóvenes², Master y Johnson (1978), señalan que la diferencia la marca la aparición de la menopausia que designa el climaterio femenino en el que ya no es posible procrear. Destacan asimismo, al igual que Butler y Lewis (1988), que uno de los cambios que en este período podrían acarrear dificultades para el acto sexual es el relacionado con la lubricación

2 Cuya comparación igual que en el caso del hombre viejo y de mediana edad se realiza con el interés de conocer los cambios de edad asociados a la respuesta sexual, por lo que, no se debe asumir que las respuestas de las mujeres viejas y de mediana edad son anormales fisiológicamente por ser diferentes a las de las mujeres jóvenes.

vaginal que requiere de mayor tiempo, como producto tanto de la disminución de esteroides, como por las modificaciones de la estructura de la pared de la vagina que empieza a adelgazarse y a irritarse con mayor facilidad, provocando dolor; dolor producido particularmente cuando el coito es prolongado o tras un largo período sin contacto sexual. Se indica así que en la mujer joven el tiempo requerido para la lubricación es de 10 a 30 segundos, mientras que en la mayor (después de los 50 años y especialmente después de los 60) es de 1 a 3 minutos (Master y Johnson, 1978). Además, las contracciones uterinas del orgasmo pueden ser dolorosas variando de un tiempo a otro y de una mujer a otra, pudiéndose provocar dolor durante y después del orgasmo, lo que según Master y Johnson (1978), podría ser evitado con la actividad sexual continuada. Por estas razones al igual que en el caso del hombre, Master y Johnson (1978), coinciden en que la actividad sexual genital en la mujer posmenopáusica mantenida regularmente, coadyuva a enfrentar de forma satisfactoria las dificultades presentadas en la fisiología sexual como producto del paso de los años, tal y como ha sido mencionado en lo que corresponde a la disuria y a la dispareunia cuando no existen otros factores asociados. De hecho, Master y Johnson (1978), puntualizan que en sus investigaciones las mujeres (dos en los 60 y una en los 70 años) que mantenían regularmente —una o dos veces por semana— actividad sexual, no presentaron retardo, respondiendo con rápida lubricación igual que una mujer de 20 a 30 años de edad.

Por otra parte plantean a su vez (Master y Johnson, 1978), que en la mujer postmenopáusica la fase orgásmica dura menos que en la joven, repitiéndose las contracciones de 3 a 5 veces, mientras en la joven de 5 a 10, no obstante aclaran, que en las mismas mujeres que mantenían con regularidad actividad sexual, las contracciones se producían de 4 a 6 y aún 7 veces. Sostienen por consiguiente que:

... A pesar de los cambios involutivos de los órganos reproductores, *la mujer añosa puede presentar una respuesta normal al nivel orgásmico de tensión sexual efectiva*. La falta de esteroides reduce en primer término la rapidez e

intensidad de la respuesta fisiológica. Cuando existe reducción en el nivel de tensión psicológica, por lo general es secundaria a la pérdida de la capacidad fisiológica, y no efecto directo de la falta de esteroides (Master y Johnson, 1978 Pág. 213. El destacado se ha añadido).

En este mismo sentido Butler y Lewis (1988), argumentan que aunque la lubricación supone normalmente una indicación del despertar fisiológico sexual en la mujer, su letargo o ausencia en la posmenopausia, no significa la ausencia de excitación emocional ni tampoco la imposibilidad para el orgasmo. Añaden que "... a pesar de todos estos cambios posibles, el clítoris sigue siendo una fuente de intenso placer y de orgasmo, sobre todo cuando lo ha sido ya en épocas anteriores" (Butler y Lewis, 1988 Pág. 29).

Para finalizar es de vital importancia destacar que evidentemente sexualidad no es equiparable a genitalidad, pero los resultados obtenidos por Master y Johnson como por las elaboraciones y preocupaciones subsecuentes de diversos estudiosos y estudiosas al respecto, *favorecen el resquebrajamiento de la idea tan asentada de que la sexualidad y la actividad genital terminan con el envejecimiento*. Además, igual que la vida genital la intimidad sexual es parte de la sexualidad y no es posible defender la idea de que aparejado al envejecimiento, está el acabose del placer y la sexualidad en general o de la genitalidad en particular. *Si esto pareciera ocurrir en algunos casos obedecería a factores de un orden más allá de la fisiología*, los cuales, serán objeto de análisis en los apartados tratados a continuación.

2. VIEJISMO: *preámbulo primordial para la comprensión de las vinculaciones actuales entre envejecimiento y sexualidad*

Aunque cada vez es de mayor aceptación que la vejez representa una fase del desarrollo humano *altamente diferencial* y por lo tanto *no homogenizadora*, en la que las personas comparten algunas características comunes que sin embargo no las hacen iguales, y, en las que, por

consiguiente, no es en modo alguno probable una perspectiva predecible y general en todo lo relacionado a ella como fase, como tampoco acerca de cada persona vieja, aunque también es de supuesta aceptación común que el proceso de envejecimiento es potencialmente de desarrollo, tanto para el ámbito personal como el social. Subsiste sin embargo de manera contradictoria una imagen significativamente normalizada y desfavorable de la misma.

Pareciera predominar entonces cuando de personas viejas se trata, de la negación por un lado del desarrollo humano como lo relativo a los cambios *y procesos* que experimenta la persona desde su concepción en sus diferentes áreas (física, social, sexual, emocional y moral), de manera evidente durante todo su ciclo vital en el que se socializa, constituye y transforma *permanentemente como ser humano independientemente de su edad*, lo que no obedecería sólo a factores del orden biológico sino asimismo y esencialmente a factores psicológicos e histórico-sociales. Por otro lado, a la negación de manera sistemática en relación con lo anterior, de la extraordinaria importancia del *desarrollo previo* del sujeto, de *su historia vital*, que establece en consonancia con su contexto social, variables o factores diversos que *tenderán a marcar la diversidad del envejecer*. Constituyéndose así, a todas luces, el carácter diferencial de cada persona adulta mayor como de la mediana edad, y no como suele asumirse, de la aparición o transformación abrupta del sujeto viejo cuando llega a ese período de la vida, como si la vejez estableciera el rompimiento con el pasado del sujeto y como si la vejez por sí misma, trajera aparejada una serie de fatalidades que no tuvieran relación con la vida anterior del sujeto y su contexto sociocultural. Es decir, surgiendo y manteniéndose la imagen de la vejez como fantasma, como oscuridad, como monstruosidad en sí misma, como fatalidad, *obviando el carácter diferencial del envejecimiento como proceso y no como cambio repentino*.

En este sentido tal como apunta Papalia (1992), es probable que sean más parecidos dos niños de 2 años que dos ancianos de 75. Sin embargo persisten una serie de falsas creencias, temores y estereotipos en torno al proceso de envejecimiento y la vejez, que obstaculizan una

visión objetiva y clara de la misma y obturan *su carácter subjetivo*, de ese carácter diferencial que ha sido mencionado y que testimonia *la construcción* social y personal de cada persona en su madurez.

Procesos generalizados descalificados que han sido denominados como *viejismo* (veáse Salvarezza, 1988), como el conjunto inconsciente de los prejuicios y roles fijos asignados a las personas en razón de su edad, depositados como resultado de experiencias infantiles por parte de quien deposita alrededor de la imagen desventajosa, que acerca de la vejez y las personas viejas, se presentaron entrejidas como normalidad en su grupo familiar durante su desarrollo infantil y en su sociedad en particular. De ese modo se desarrollan una serie de ideas y falsos sinónimos fuertemente arraigados como vejez es igual a enfermedad o vejez igual a asexualidad.

Podría señalarse además que tras estas actitudes y comportamientos descalificadores subyacen una serie de motivaciones que hacen referencia por un lado, a *ideas erróneas con respecto a lo que envejecer significa*, pues, a pesar del supuesto reconocimiento en sus vertientes bio-psico-sociales, *en la práctica* de los procesos de la vida cotidiana es asumido inconscientemente como un fenómeno, que atañe solo o primordialmente a procesos del orden biológico homogenizador, negándose con ello las determinaciones históricas en la dinámica particular del envejecer. *Y lo que es peor, asumiéndose lo biológico como lo mórbito, como lo enfermo y no como lo biológico normal*. Por otra parte y en estrecha vinculación con el fenómeno reduccionista anterior, se presenta de forma latente la existencia de *grandes temores y fantasías persecutorias en torno a este proceso y fase de la vida*, recurriéndose a peligrosos mecanismos defensivos inconscientes de negación y rechazo hacia aquellas personas que sí son viejas y lo representan de forma clara, de manera inmediata, visible e impactante, a través de las marcas o escrituras del tiempo en lo concreto de sus cuerpos envejecientes.

De ahí la fuerte resistencia como proyección, de especial manera en las personas más jóvenes, aunque no de manera exclusiva pues

las mismas personas de mediana edad como las adultas mayores, poseen en sí mismas el viejismo como producto de la incorporación efectuada alrededor de aquellas imágenes socioculturales descalificadoras, presentes en su propio proceso de socialización. Todo lo cual, se convierte en elementos esenciales para las imágenes de asexualidad en la vejez. Viejismo entonces que sumado a las concepciones moralistas, represoras y productoras³ de la sexualidad, posibilitan una aproximación comprensiva en torno a la relación actual entre envejecimiento y sexualidad. Tópicos que seguidamente se abordarán con mayor detalle.

3. SEXUALIDAD Y PROCESOS SOCIOCULTURALES: *plataforma para la comprensión de la sexualidad en el envejecer*

La sexualidad en sus aspectos generales relacionados con el ciclo vital, representa todavía un área fuertemente censurada, tema tabú en la sociedad occidental, que tiende a evidenciarse desde las actitudes vigilantes y controladoras por parte de las personas adultas, frente a los procesos de desarrollo infantil y adolescente, pasando a su vez por los mecanismos de represión y doble moral de que son objeto las mismas personas adultas, hasta, las políticas públicas concernientes a la sexualidad como el control de la natalidad. No es novedoso entonces que la sociedad tienda a manifestarse de las más diversas formas para su efectiva represión y silencio, aspectos que en general, se validan socio-culturalmente para cualquier edad en la que el sujeto se encuentre, aunque con variaciones específicas acerca del mensaje dirigido e interiorizado según el género, por ejemplo. A continuación se presentarán algunos aspectos globales que permitirán en un primer momento el abordaje de la sexualidad en un nivel social general, para en un segundo momento y fundamentado en estas exposiciones, abordar en siguientes apartados las reflexiones específicas concernientes a sus conexiones con respecto al proceso de envejecimiento.

En primer lugar es posible afirmar que ha predominado históricamente una *concepción culpabilizadora del placer sexual*, en la que la sexualidad ha ocupado un lugar de peligrinidad, pecaminosidad y prohibición, como resultado de fuertes tradiciones moralistas y de orden religioso que influyen y determinan desde la socialización primaria y hasta la vida adulta, las creencias y actitudes en torno a ella. Tradiciones que, aunque frente a cuestionamientos y transformaciones sociales presentan cierta tendencia al cambio, se mantienen muchas veces incólumes *en las creencias y prácticas* de ciertos grupos y personas en las que podría destacar en el momento actual, la generación de personas ancianas o de mediana edad que por su condición de edad nacieron a principios o en la primera mitad del siglo XX y fueron objeto consecuentemente de las tendencias sociales de su época con respecto a represión sexual. *Lo que no significa que todas las personas* que en este momento pertenecen a tales grupos etarios se muestren reaccionarias a modificaciones en relación con sus actitudes, creencias y prácticas sexuales, sino al hecho cierto de que en la socialización de su época privaba una concepción de la sexualidad como prohibición, suciedad y vergüenza. Asimismo, tampoco significa que si se ejercen tales esquemas y prácticas no sea posible la movilidad o el cambio en ellas. Lo que sí es importante destacar es la fuerte y rígida formación que no sólo predominaba a principios del siglo XX para las actuales personas adultas mayores, sino también a finales del siglo XIX, época de formación de los padres y madres de las actuales personas ancianas. Asunto que también merece ser reconocido pues en la interacción concreta con personas adultas significativas, es donde los y las infantes aprenden y se hacen sujetos de deseo, de sueños e ideologías. Creencias que por lo tanto han influenciado la realidad de los y las actuales envejecientes tanto desde lo personal como desde lo generacional y sociocultural desde épocas anteriores.

En segundo lugar sobresale una *concepción de sexualidad para la procreación* que en estrecha relación con la anterior, desplaza el placer sexual por designaciones y supuestas

3 Esto último de acuerdo con Foucault (1999) en sus referencias generales a la sexualidad.

‘necesidades’ parentales y de reproducción⁴, frente a represiones y negaciones del deseo, del erotismo y la sensualidad entre los cuerpos, especialmente en los actuales adultos y adultas mayores en la que la reproducción era asumida como el objetivo primordial de la sexualidad, lo que asimismo repercutía en la escasa información y educación que en la época imperaba. Por otra parte, un elemento reforzador de esta dinámica era como la contracepción eficaz no contaba con los actuales adelantos, lo que provocaba que las relaciones sexuales se asumieran con restricciones y represiones sociales y personales por temor a múltiples embarazos no deseados, tal como es señalado por O’Donohue (1987). De esta manera ambos factores (culpa-vergüenza y reproducción), como fuertes clisés dominantes alrededor de la sexualidad.

De acuerdo con lo anterior y en vinculación con las exposiciones de Foucault (1999), es posible reconocer además que tanto la monogamia, como la función exclusiva de la sexualidad para la reproducción —el hacer el amor sólo para tener hijos o hijas—, así como la concepción del placer sexual como un mal necesario de evitar, son herencia de una moral sexual de origen estoico apoyada en el Imperio Romano y posteriormente reforzada por el Cristianismo, a través de la introducción de nuevos mecanismos de poder como la pastoría, en la que viene aparejado *el control de la intimidad, de la subjetividad*, por ejemplo, a través de la producción de la culpa.

Lo que encontraría estrecha relación con los planteamientos psicoanalíticos del superyo como protector de los preceptos morales socialmente heredados, que dependería a su vez en su “ejecución” específica y personal de parámetros socioculturales vertidos de manera distinta, de acuerdo con el género a través de la diferenciación de los procesos de socialización. Asunto que puede ser observado ejemplarmente en extremo, en la asociación inconsciente

que la sociedad designa entre: mujer —trabajo remunerado fuera del ámbito de lo doméstico— y el fantasma de la prostitución (Coria, 1992)⁵.

Empero, tal como Foucault (1999) lo sostiene, a pesar de las relaciones que podrían válidamente establecerse entre sexualidad y postulados psicoanalíticos, el interés también debe dirigirse hacia la producción histórica en el ámbito social y cultural en torno a la sexualidad, que de manera especial en occidente se impone desde una única racionalidad.

Desde estas vinculaciones otro de los elementos que merece y debe ser considerado en las relaciones entre sexualidad y procesos socioculturales, es el planteamiento de que además de las funciones represoras y restrictivas de la sexualidad que responderían a su visión negativa y del poder, existe al mismo tiempo *la función productora*, que obedecería a una concepción positiva de la misma (Foucault, 1999). Es imperioso considerar entonces que del lado de la prohibición se presenta también, la necesidad social de promover determinados tipos de personas, que respondan a los parámetros culturales y socialmente establecidos.

Por otra parte, como último aspecto y aunque en una obvia y aparente trascendencia de los dos primeros aforismos —culpa y vergüenza y asociaciones moralistas centradas en la reproducción—, sobresale el predominio de una perspectiva de *sexualidad como genitalidad*, convirtiéndose en uno de los principales ejes que en asociación con los anteriores, *influye de manera sustancial y negativa* no sólo en la forma en las que las personas que pasan los 50 y 60 años asumen y viven su propia sexualidad y la de los otros y otras, sino, en lo que respecta a las visiones que acerca de la sexualidad de estas poseen las personas más jóvenes. Lo que del mismo modo se revierte (tal vez no con la misma gravedad que su presunción en la vejez, por las repercusiones que promoverían

4 Supuestas en la medida en que aunque parento-rias, tales necesidades de reproducción y crianza de los hijos y las hijas, en algunas personas no son excluyentes con el disfrute de la sexualidad.

5 Aspectos que relativos al género aparecen con mayor especificidad en el apartado cuatro (4) de este artículo.

las asociaciones entre fisiología y creencias en ese período, pero sí con el mismo sentido) en las personas más jóvenes, al igualar sexualidad y genitalidad. Representando esta una concepción parcializada y limitante para que el sujeto, siendo o no una persona de mediana edad o adulta mayor, pueda construir y acercarse a un disfrute de la sexualidad que trascienda lo puramente genital, fisiológico y mecánico de una relación coital.

4. CONSTRUYENDO Y ADMITIENDO LA SEXUALIDAD EN EL ENVEJECER: *determinaciones psico-socio-culturales de su respuesta y vivencia particular*

4.1. SUBJETIVIDAD, ENVEJECIMIENTO Y SEXUALIDAD: *una tríada que espanta, una tríada de negación masiva. Negación de la construcción de los significados*

Es comprensible por todo lo anterior que los énfasis sociales y personales acerca de consideraciones parciales y míticas en torno a la sexualidad, entrelazados a su vez con concepciones adversas acerca del envejecimiento, se constituyan en la plataforma 'perfecta' *para que en su interrelación como díada (envejecimiento-sexualidad) se conforme su nulidad*. Se dé así forma a su forzada extinción —imposible de por sí de cualquier manera—, lo que no solamente atentaría contra la expresión y producción de las relaciones íntimas, el placer, la genitalidad, el afecto y la entrega al amor en el envejecimiento, sino que representaría a su vez un agravio contra la salud en general y hacia la salud mental en particular de las personas envejecientes, al impedir los beneficios del ejercicio y la expresión de la actividad sexual por el favorecimiento de la producción de mecanismos de opresión desde lo objetivo, general y externo, como de la misma represión en la dinámica de la subjetividad.

En tales procesos de conformación y reforzamiento de la inhibición predominaría desde los niveles de lo macro como desde lo micro, tal y como ha estado implícito como eje central a lo largo de este artículo, la permanente desvalorización del papel determinante de la subjetividad

y la inter-subjetividad, frente a la superioridad de supuestos procesos biológicos-mórbidos-ineludibles.

Así, en las actuales formas de experimentar y considerar la sexualidad en el proceso al envejecer, como un supuesto producto del desarrollo natural y de lo mórbido, lo histórico, en relación con las estructuras sociales, cuanto desde lo subjetivo, es cercenado sin la menor conciencia o importancia del proceso de constitución de específica producción sexual en el envejecimiento, tanto, por parte de quienes la experimentan en carne propia como desde la mirada de los otros u otras más jóvenes. Manteniéndose de forma efectiva tales creencias como reduccionistas y desculpabilizadoras de lo cultural y lo humano categóricamente de las relaciones sociales por cuanto si se considera como natural la anulación de la expresión de la sexualidad en el envejecimiento, por la determinación absoluta desde la dinámica de los procesos biológicos, se conforma entonces la fantasía que exime de la responsabilidad que de modo directo o indirecto corresponde a todos y todas, por la inserción que en la sociedad actual se crea, a través de los procesos de discriminación o autodiscriminación dependiendo del paso del tiempo. Pero, estas dinámicas desculpabilizadoras o de alivio no solamente se forjan en las generaciones más jóvenes sino que en el mismo viejo que ante *el no puedo* le es más fácil la atribución de "la falta" a un área que salvaguarda su propia integridad, su equilibrio narcisista, ante la posibilidad y peligro de verse a sí mismo *desde la particularidad*, desde una configuración específica que convoca variables históricas y personales. *Lo que le protegería de la pregunta, del auto-cuestionamiento, del descubrimiento, de la elaboración, en última instancia del abordaje y reconocimiento de su construcción inconsciente*, de manera especial ante un yo fuertemente amenazado por demandas sociales prejuiciosas, traducidas a través de su propia censura moral. A su vez, le eximiría del cuestionamiento pero ahora no solo acerca de sí mismo, sino acerca de factores históricos y culturales que podría despertar temores y angustias no ante el cambio —deseado desde la dinámica inconsciente— sino por lo que representaría con respecto a interrogantes y replanteamientos alrededor

de creencias, mitos, ritos, significados e instituciones que hacen posible en lo íntimo desde el superyo, la permanencia del supuesto no poder, bajo la máscara de la determinación de lo estrictamente corporal.

Se instaure de esta forma un borramiento masivo de la subjetividad y la inter-subjetividad que median como ejes en la construcción y constitución de la sexualidad a través de la historia social y personal. Construcción que en lo concreto *de cada sujeto, de cada persona* envejeciente, se efectúa dialécticamente desde sus iniciales fases de desarrollo y en medio de la diversidad de factores filogenéticos y ontogenéticos que cristalizan progresivamente *en lo particular de cada vida*, de cada niño, de cada joven, de cada hombre de mediana edad, de cada mujer anciana, *como una producción específica e histórica* y no mecánica y solo desde la fisiología. Construcción evidentemente marcada desde estructuras sociales, institucionales, ideológicas y de lenguaje, como objetividades en las condiciones materiales y simbólicas de existencia.

Procesos en los que la inscripción clave de la inter-subjetividad hace posible como encuadre desde la concreción y especificidad de la vida personal y a pesar de su posibilidad de transformación, el engarce, la apropiación y la recreación de los significados en un anudamiento de determinación sociocultural no siempre de fácil conciencia, como de movilización. *Subjetividad e inter-subjetividad como representación de proceso*, de historia, de opción, de especificidad, de dialéctica de constitución, de concatenación, de totalidad, de configuración, *masacrados ante la omnipotente normalidad biológica e imaginariamente mórbida del envejecimiento en sus asociaciones prejuiciosas e igualmente normativas de la sexualidad.* Asunto (subjetividad-envejecimiento-sexualidad) que en épocas actuales forma parte del desecho de lo que nadie quiere saber, de especial manera frente a una lógica de mercado que idolatra lo homogéneo, efímero, pasajero y —aparentemente— actual.

Por eso considero que no es casual que tan ‘horrorosa’ tríada se transmute en una *tríada fantasmática* (de subjetividad, envejecimiento y sexualidad), en objeto fóbico, de negación

e impostergable e indudable ‘superación’, ante imágenes menos amenazadoras desde lo biológico, lo homogéneo, mórbido y asexual, en roles como “*viejos sabios o viejas sabias sin sexualidad*”.

Al respecto, es fácil la ejemplificación de situaciones que en la vida cotidiana muestran palpablemente esta configuración de negación sexual en el envejecimiento. Uno de estos casos lo constituye una ocasión en la que me encontraba trabajando con un grupo⁶ de personas —hombres y mujeres— de mediana edad y adultas mayores —acerca de una temática que no tenía una relación explícita con sexualidad— una de las ancianas del grupo de más de setenta y cinco años que se refería en ese momento a su marido —también anciano y no partícipe en el grupo— de una manera tranquila, como a ¡mi amor!, genera de manera sorpresiva para todas las personas presentes y como emergente —por supuesto— el que una de las mujeres de las de mediana edad *rompiera en risa incontenible y bulliciosa*, aparentemente sin intención de descalificación *pero sin control*, por la tremenda hilaridad que aquella expresión le provocaba: una mujer anciana haciendo referencia con semejantes expresiones de amor y de erotismo a su marido también anciano. Cabría aquí la pregunta si su risa inconscientemente no se asociaría al mismo tiempo con su propia sexualidad como mujer de la mediana edad, *como la pronta anciana* en ese lugar que ahora le servía de espejo ¿sería acaso llanto frente a la misma situación?

Es aquí donde *los mitos, las actitudes negativas y las falsas creencias que se tejen y surgen de manera específica en torno a la sexualidad en la vejez*, se constituyen como elementos concretos que sumados a las abstracciones sexualidad-culpa-prohibición, sexualidad-reproducción, sexualidad-genitalidad, así como a vejez-enfermedad o juventud-sexualidad,

6 Como parte del trabajo clínico privado que efectúo desde hace varios años con grupos de personas adultas mayores y de mediana edad, en el área de la prevención primaria y secundaria en el campo Psicogerontológico, en coordinación con la Asociación Gerontológica Costarricense.

emergen como síntomas ante la persistente tendencia sociocultural de negación masiva y descalificación triádica.

En esta línea el análisis que O'Donohue (1989), realiza de *los mitos* referidos en relación con la sexualidad de las personas viejas (*I. Las personas de edad no son sexualmente deseables. II. No tienen deseo sexual. III. No son sexualmente capaces*), confirman lo anterior. Su análisis consistía en una revisión exhaustiva de los resultados en diversas investigaciones con el fin de determinar: 1) Si efectivamente las personas estudiadas creen en la verosimilitud de tales mitos y 2) Determinar si tales ideas son falsas. Así concluye que⁷: 1) Efectivamente las personas consultadas en las diferentes investigaciones respecto a la sexualidad en la vejez, creían en la veracidad de tales planteamientos. 2) Respecto a la objetividad o falsedad de los mismos, concluye en relación con el mito I, que aunque no existen investigaciones específicas que lo confirmen o desapruében, *se impone la evidencia contraria, que se refiere en las diferentes investigaciones* en torno al mantenimiento de relaciones sexuales por parte de personas de edad avanzada, lo que tendería a confirmar que *estas personas sí pueden ser sexualmente deseables*. En relación con el mito II expone que existe *evidencia considerable* en diversos estudios, que señalan que *las personas ancianas sí tienen deseo sexual*. Respecto al mito III, concluye que también ha sido demostrada su falsedad *a través de las pruebas* que en múltiples investigaciones indican, que las personas de mayor edad sí mantienen relaciones sexuales. Asevera de igual manera que a menudo estas *personas son sexualmente activas y por consiguiente son sexualmente capaces*, así como que, *la inactividad sexual no implica necesariamente incapacidad* sino que el que muchas personas ancianas permanezcan en ese lugar de inactividad, podría responder a razones que no obedecen al orden de la incapacidad fisiológica sexual.

Por otra parte, es fácil cotejar cómo ante tales creencias falsas o mitos, subyace de forma

adicional a lo hasta aquí planteado, una fuerte *concepción idealizadora de la juventud*, circunscrita a los ligámenes enaltecidos con salud, felicidad y sexualidad, *versus* la ya señalada relación de vejez con asexualidad y enfermedad. De este modo las personas jóvenes y las no tan jóvenes, *pero no ancianas* (¡valga la aclaración!), tienden a presentar actitudes y comportamientos excluyentes entre sexualidad y quienes están en la vejez o se acercan a ella como en la mediana edad, *considerando inconcebible y ridículo la vinculación entre sexualidad y proceso de envejecimiento*. Planteamiento referido por diversos autores como Felstein (citado por Mishara y Riedel, 1980), Salvarezza (1988) y Blasco (1998), así como por la experiencia generalizada y cotidiana frente a situaciones en las que se pone de manifiesto esta dinámica en personas envejecientes, como podría ser la negación, el asombro y hasta el temor de la sexualidad en los propios padres viejos o los abuelos.

En esta línea se expone también (Adduci, 1988; Salvarezza, 1988), cómo es común que los diferentes profesionales tiendan a omitir en su trabajo con personas adultas mayores temas concernientes a la sexualidad, ya sea por falta de tiempo u “olvidos involuntarios”. Situación que correlaciona con el abandono del estudio de la sexualidad en la vejez que aunado a las propias resistencias por parte de las personas en el envejecimiento, impiden conjuntamente la construcción de dinámicas clarificadoras y de desmitificación. Esto, tanto por parte de el o la geronte como de la persona de mediana edad y por parte también de la guía profesional. Perdiendo esta persona —profesional— la oportunidad de brindar una adecuada orientación si su trabajo hubiese dado el espacio para el diálogo, la escucha y la investigación.

Se perpetúa así en cambio en medio de la prohibición y los temores por su abordaje, *el silencio*, especialmente frente a los y las que pasan los 65 años de edad en igual medida que con la infancia y la adolescencia socialmente se rehuye a hablar del tema. Pese a esto último, en la actualidad existe una ingente preocupación por “educar” a las nuevas generaciones en temas de sexualidad, pero *en lo relacionado con sexualidad y vejez, el diálogo se encuentra ausente, cuán fantasma que ahuyenta todo*

7 Para mayores detalles remitirse a O'Donohue, 1989.

intento de comprensión. Frente a lo que se muestra imprescindible la atención, el reconocimiento y el análisis de procesos transferenciales y contratransferenciales inmersos, y sin cuyos esfuerzos y resultados, el desarrollo se obstruye con serias repercusiones de empobrecimiento y estatismo para todos y todas.

En esta dirección Salvarezza (1988), sostiene que *los conflictos edípicos se encuentran en la base de las resistencias de legos y profesionales en relación con la sexualidad en el envejecimiento*, exponiendo que al reactualizarse inconscientemente estos conflictos en los jóvenes como negación casi universal de la sexualidad de los padres por desplazamiento defensivo se extienden asimismo a las personas de mayor edad. Lo que implicaría que aceptar y dar cabida a la sexualidad en el envejecer, es aceptar al mismo tiempo la sexualidad de sus propios padres viejos. De igual manera según O'Donohue (1989), se desarrollan actitudes censoras por parte de personas adultas más jóvenes que rodean a las de mayor edad, como revancha ante “esos viejos” que en su propia infancia y juventud —la de las actuales adultas jóvenes— los y las “instaban” a inhibir su propia sexualidad bajo valores restrictivos. No obstante, los aspectos edípicos podrían estar mediando de manera inconsciente sobre estos últimos, que son en apariencia manejados con mayor conciencia que aquellos relacionados con lo edípico.

De esta forma, si desde los más diversos ámbitos se tiende a rechazar, temer, negar, hacer mofa y caricaturizar la sexualidad en el proceso del envejecer, quienes se encuentran en la vejez o cerca a ella, no encuentran más camino que plegarse consciente o inconscientemente a lo espectral desde la dinámica sociocultural, bajo la existencia de múltiples y particulares signos defensivos. Es comprensible en consecuencia que la mayoría de personas colindando la mediana edad o de hecho en la vejez con el propósito de no ser objeto de rechazo, retiro del afecto y del reconocimiento social y familiar —sumado a sus propias falsas creencias— asuman el “término” de su propia vida sexual. Término al menos en lo que respecta a la vigencia de la genitalidad, llegando algunas al rechazo del cariño y contacto físico

afectuoso en contextos públicos o privados con sus respectivas o potenciales parejas, *al asumir dicha práctica afectiva como signo vergonzoso de intimidad sexual propia de otras épocas y personas.* Lo que sin duda responde además de factores histórico-personales, a factores generacionales, y ante lo que no sería posible ni lógico desde el punto de vista científico asegurar, que tales resistencias sean el producto intrínseco del proceso de envejecimiento, obviando la influencia de la época y de la cultura en particular y por lo tanto de la temporalidad y las posibilidades del cambio.

4.2. GÉNERO, NEUROSIS E HISTORIA PERSONAL EN LA SEXUALIDAD AL ENVEJECER

De acuerdo con lo hasta aquí planteado tratar la temática de la sexualidad en el proceso de envejecimiento conduce inevitablemente a la confrontación de la pretendida homogeneidad entre sexualidad y genitalidad, pues aunque cada vez en y desde lo racional en un sentido general sobre sexualidad y no sólo con respecto a la vejez, es más aceptada la idea de que las relaciones sexuales no son reducibles sólo a contacto genital, es un proceso lento de aceptación social y personal que arrastra prejuicios, prohibiciones y representaciones que debilitan una concepción más global e integradora, tal, y como ha sido hasta ahora abordado en este escrito. Problemática que guardaría relación con la superproducción teórica y científica que desde el siglo XIX se ha desarrollado en Occidente acerca de la sexualidad como un “sobresaber” social y cultural (Foucault, 1999), es decir, como un saber *racional*, científico y colectivo de la sexualidad individual, del cómo es y debería ser la sexualidad, *que no obstante no nos acerca a un arte de hacer el amor.* Foucault expone que:

En Occidente no tenemos un arte erótico. Dicho de otra forma no se aprende a hacer el amor, ni a darse placer, ni a producir placer en los demás; no aprendemos a maximizar, a intensificar nuestro propio placer a través del placer de los otros... Por el contrario, tenemos o intentamos tener, una ciencia sexual

—scientia sexualis— sobre la sexualidad de la gente, pero no sobre su placer, que no aborda qué es lo que hay que hacer para que el placer sea lo más intenso posible... (1999, pág. 133-134).

En consecuencia, aunque en principio es de todas y todos conocido que coito no es igual a sexualidad, la idea persiste y no como simple imagen, sino como prácticas restrictivas concretas para el encuentro sexual. Por ejemplo, en la actualidad tanto las nuevas generaciones como las más viejas pueden acceder a informaciones y teorizaciones científicas que desde múltiples fuentes coadyuvarían a romper tan falsa asociación entre sexualidad y genitalidad, empero, la creencia despusa, de especial manera para el sostenimiento de una sexualidad centrada en el placer masculino más que en la satisfacción tanto para el hombre como para la mujer. *Además y de acuerdo con tales esquemas la sexualidad sería significativa sólo desde la adolescencia y hasta —tal vez— aproximadamente la mediana edad.* Por lo que desde esta lógica restrictiva, se tenderían a interpretar los cambios normales de la fisiología sexual en el envejecimiento como la pérdida del deseo y la potencia en el hombre viejo y del deseo y del placer en la mujer anciana, y en ambos, desde antes de la mediana edad, designándose así el fin de la vida sexual. De ahí todos los artilugios para mantener la potencia y la virilidad. Máxima expresión la “viagra” que asegura la erección, refuerza el narcisismo, pero *no un aprendizaje* del placer compartido entre los cuerpos.

Pero, como es reconocido desde Freud, la sexualidad no puede ser entendida ni remitida únicamente como función genital, pues se correría el riesgo de considerar sólo como inherente a ella lo concerniente a lo biológico y lo mecánico, dejándose de lado aspectos propios del mundo de lo sociocultural, de lo psíquico y de lo específicamente erótico. Se excluiría la posibilidad para comprender y considerar *intercambios y significados particulares e históricos conscientes e inconscientes*, que acompañan y dan vida al encuentro sexual íntimo, como por ejemplo los juegos y las fantasías más allá de lo puramente genital. Asimismo, se excluiría

desde tal posición de reducción, ambientes de pareja supuestamente desexualizados, actitudes, acciones, simbolismos y significados diversos, presentes en distintos contextos o intercambios de la cotidianidad *y que formarían a pesar de su pretendida exclusión, parte de la sexualidad* de la pareja como de la sexualidad de cada uno de sus integrantes; aspectos tales como el juego de las palabras, la mirada, el diálogo, el silencio, la experiencia concreta de compartir, el disfrute de la compañía de la pareja, el tomar juntos una taza de café.

Es necesario sin embargo hacer notar que no es que en el periodo de la vejez quede a los viejos por supuestos inconvenientes físicos, únicamente desplazar y sublimar las relaciones sexuales genitales, dirigiendo al olvido la vivencia integral de la sexualidad para ser reactualizada como única opción a través de la reminiscencia, *no*. Pues tal y como ha sido expuesto, a las personas ancianas y de mediana edad sí les es posible mantener relaciones sexuales íntimas incluyendo la actividad sexual genital. Razones por las cuales aunque parezca resultar obvio, es imperioso reconocer que la sexualidad como producto también *de la socialización, trasciende* las relaciones coitales para integrar el placer físico e íntimo general, al erotismo, como también al simple y cotidiano encuentro entre personas como seres humanos.

Tal y como es expuesto por Salvarezza:

Se comprende que así definida, la sexualidad no tiene límite de edad para su exteriorización; desde el nacimiento hasta la muerte siempre estará con nosotros. Podrán variar sus manifestaciones, pero sólo eso. Ya sea que se busque la descarga de tensión, o el placer con el otro, o una afirmación narcisista de sí mismo o todos estos fines al mismo tiempo, la dialéctica del deseo no se interrumpe nunca... (1988, pág. 152).

Salvarezza (1988) plantea asimismo, que centrarse en la expresión de la sexualidad más que en la de la sola genitalidad permite descubrir y describir la *dimensión psicológica* que subyace a las diversas formas de su funcionalidad, que pasarían desapercibidas para un o

una observadora que se fundamente solo en la genitalidad.

De la misma manera podría añadirse a ese planteamiento que centrarse en la expresión amplia de la sexualidad, *también posibilitaría descubrir y describir la dimensión sociocultural intrínseca* a ella, que enriquecería o minaría su expresión y desarrollo dependiendo de factores histórico-sociales y personales determinados. Dimensión que no se alejaría de la comprensión psicológica sino que se complementaría y alimentaría en el estudio y consideración desde el ámbito social, cultural, grupal y personal de la sexualidad.

Esto hace relevante retomar lo que párrafos atrás se exponía acerca de las demostraciones que Master y Johnson (1978), refieren acerca del *enorme valor que posee la actividad sexual regular para evitar algunos de los inconvenientes ligados al envejecimiento* (implicando no solamente las relaciones íntimas sino haciendo alusión también a prácticas autoeróticas en ambos sexos). Representa esa observación de Master y Johnson de este modo, a pesar de los cambios objetivos-fisiológicos esperados en esas edades, una poderosa prueba y fundamento para que las personas que sobrepasan los 60 años como aquellas de la cuarta década —de modo preventivo— puedan enfrentar y mantener de manera satisfactoria y saludable sus relaciones sexuales íntimas a lo largo del tiempo. Sin embargo, pese a su relevancia, constituye más que una simple recomendación médica pues atañe también a asuntos psico-socio-culturales que no pueden ser obviados en *las formas concretas* por medio de las cuales, esa recomendación, es asumida por parte de una persona en su proceso particular al envejecer. *Confirmando que la sexualidad no es asunto único de genitalidad, ni de biología, sino que trasciende al ámbito de lo afectivo, inconsciente, ideológico y cultural, todo a su vez, como elaboración personal y sociocultural al mismo tiempo.*

Significaría de tal manera que no obstante la objetividad generalizable de esa recomendación —muy valiosa— de Master y Johnson, *su posible puesta en práctica convocaría más a aspectos de índole personal o particular —también de carácter objetivo aunque*

*de la subjetividad*⁸— que irían desde aspectos ideológicos hasta de configuración específica de la historia sexual particular. Particularidad que desde sus inherentes características y significados psico-sociales y psico-sexuales, haría referencia también de modo empírico y simbólico a una práctica concreta (de hábitos, preferencias, estilos, idiosincrasias, actitudes, fantasías, sentimientos y normativas) en su actividad sexual, y que como tal, no tendería a modificarse mecánicamente por más cientificidad en la recomendación. Información entonces que aunque objetiva en el sentido fisiológico, *se enlazaría más de manera inconsciente* que consciente con significados diversos, con ataduras o facilidades personales y socioculturales para su aceptación, que encarnarían una barrera más fuerte de romper —no imposible— que seguir técnicamente una indicación.

Rescatar de tal modo la premisa señalada para el trabajo con personas en el proceso al envejecer, requeriría de un abordaje distinto que el simple señalamiento y que asumido de una manera científica-crítica desde distintos ámbitos, favorecería la construcción de prácticas más libres y posibilitadoras del cambio y la creación. Serían necesarios así la producción de procesos de reflexión que por ejemplo desde *lo grupal*, posibiliten el espacio para la palabra, la vivencia, la integración de los aspectos conceptuales y científicos *con la vida en particular*. Procesos grupales en los que los aportes del aprendizaje significativo y del grupo operativo —como teorías constructivistas o psicoanalíticas y como modelos posibles a seguir—representarían alternativas metodológicas y epistemológicas provechosas (Garita, 2001a, 2001b), del lado también como otra de las alternativas evidentemente, de procesos psicoterapéuticos o psicoanalíticos particulares.

De modo paralelo es necesario reconocer cómo además intervendrían aquí diferencias en cuanto al género y la socialización que marcarían no sólo las formas en que tales tipos de recomendaciones serían percibidas y asumidas en concreto, sino que, al mismo tiempo, harían

8 Recordemos que la premisa hace referencia a actividad sexual continuada en la vejez se tenga o no pareja.

alusión *al interjuego de las imágenes particulares acerca de la propia sexualidad* en una persona de la mediana edad o adulta mayor.

Así por ejemplo el temor al desempeño en los hombres es uno de los factores que mayores consecuencias negativas podría presentar para la sexualidad del hombre viejo, al poder asumir erróneamente los cambios normales en su fisiología como camino inevitable a la impotencia, apareciendo la angustia como resultado del temor y haciéndose real y factible la disfunción eréctil o la impotencia. Temor que podría ser el resultado de múltiples causas que bien podrían inferirse en gran parte como producto del escaso conocimiento y comprensión acerca de los cambios normales en esta época, a las falsas convicciones al respecto, asociadas a significados inconscientes particulares, como también a los enlaces y *síntesis alrededor de la concepción y la vivencia imperante históricamente en su sexualidad, así como, por el producto de las creencias en torno a la "función" sexual y social del hombre que ha marcado su vida desde niño*. Al respecto, Butler y Lewis (1988), señalan cómo los hombres a cualquier edad temen la impotencia y cómo este temor a partir de la mediana edad se incrementa, pudiéndose hacerse efectivo, pero por aspectos más inconscientes y afectivos que por el orden de lo biológico.

De la misma manera las tendencias comparativas entre las diferentes generaciones de hombres centradas en parámetros de éxito físico, son buenos cimientos para el deterioro de la seguridad de los viejos, quienes en franco cambio físico general normal, se ven amenazados por las creencias que han predominado a lo largo de su vida en torno al éxito masculino y al temor a la falta de potencia. Tampoco pueden obviarse aspectos relativos a otros factores o causas tales como la dinámica particular de la pareja u otros aspectos específicos, sin embargo, en términos globales la socialización sexual permite una aproximación comprensiva del temor al desempeño en el envejecimiento.

En esta línea, las imágenes que son alimentadas en los hombres desde niños acerca de la sexualidad y acerca de lo masculino, se tejen entrelazadas en roles de liderazgo donjuanescos preponderantes y de aislamiento afectivo,

bajo consignas de satisfacción egocéntricas, de manera especial, en respuesta a roles y funciones desde una lógica patriarcal. Lógica que se traduce por ejemplo en estar siempre dispuestos, en el esfuerzo y las fantasías por la conquista, en los intereses y preocupaciones por mostrar además —defensivamente— los diferentes caminos posibles por los cuales “hacer el amor”. Condición que desde siempre lo ubica en situación de desventaja en su equivalencia de sexo fuerte, en su lugar de “macho” idealizado, con imposibilidad para asumir flexible y saludablemente diversidad de roles más allá de lo patriarcalmente establecido. Todo, de acuerdo con una dinámica que lo absorbe y anula como sujeto con necesidades concretas, afectivas y sexuales, como un ser humano más en la búsqueda del placer sexual con su pareja. Dinámica que evidentemente se muestra como obstáculo para su desarrollo humano de forma que al enfrentarse de manera patente a su envejecimiento, a partir de los cambios en la mediana edad, podrían dificultarse a su vez la elaboración de interpretaciones objetivas y realistas de los cambios normales, en *reactualización de aspectos neuróticos particulares urdidos a lo largo de su socialización*, que podrían terminar por convertir en muchos casos, su experiencia sexual como hombre viejo, en una profecía auto-cumplidora.

Al respecto, de estos procesos de socialización que podrían abonar en los hombres en su madurez el camino para una lejanía de la sexualidad (y hasta del sexo por lo menos como lo conocieron antes), los análisis realizados por Chodorow (1984), favorecen una aproximación para su comprensión. Ella estudia como el niño a través del desarrollo define su masculinidad negativamente como lo no femenino o no conectado con las mujeres, separado de los demás, entrenándose para la masculinidad a través de la negación y la represión de las necesidades afectivas relacionales para la no-conexión en el proceso de ir creciendo, siendo los roles ocupacionales de los hombres en la vida adulta, evidencia de la distancia del afecto y de los compromisos cercanos y particulares según esa autora.

Los niños, argumenta Chodorow (1984), a diferencia de las niñas, desarrollan una

identificación posicional con respecto al rol masculino, quebrándose el lazo entre procesos afectivos y el aprendizaje que se daría, con una identificación personal y no posicional por la distancia que por lo general se desarrolla física y afectivamente con el padre o las figuras masculinas, y que impide una relación personal con su objeto de identificación. De forma que los procesos de identificación y socialización de la masculinidad "... tienden a estar más definidos por el rol, a ser más culturales, a consistir más en aprendizaje de un rol a nivel abstracto o categórico y menos en identificación personal" (Chodorow, 1984, pág. 263).

Puede considerarse de esa forma cómo tales planteamientos coadyuvarían para comprender la angustia por el temor a la no potencia y la poca atención, comprensión y aceptación por parte de algunos hombres viejos de los cambios en la fisiología sexual. Esto, por cuanto si el interés por la sexualidad (¿o el sexo?) no ha estado centrado en el vínculo o en el encuentro, como en el placer o el afecto compartido, sino más en saber mostrar lo que se tiene como hombre —con todas las implicaturas para y en una sociedad eminentemente patriarcal— la comprensión de los cambios no ocuparía un lugar primordial por cuanto aludirían de manera consciente o inconsciente, a tambalear el rol socio-culturalmente asignado de "macho siempre dispuesto", potente, que obstaculizaría desde esa lógica una asunción tranquila de estos cambios en particular. De modo que *ante lo racional podría imponerse más lo irracional, ante lo obvio la resistencia, ante el cambio la queja, ante la espera el enojo, ante el envejecimiento el miedo y la defensa*, pues en la misma comprensión y aceptación estaría su propia 'derrota' frente a la lentificación en la erección, el acoplamiento, la eyaculación y la disminución en la frecuencia, todo, además, frente a la potencia desenfrenada de los hombres jóvenes como frente a sí mismo décadas atrás.

Por tales razones si no se ha contado históricamente con la elaboración particular de recursos psicológicos para enfrentar de forma equilibrada tales procesos del envejecimiento y la sexualidad, esta (la sexualidad),

sería más una preocupación y un problema que una vivencia del placer.

Si en cambio se desarrolla una comprensión y una aceptación saludable de tales modificaciones, la sexualidad podría representar una de las áreas de continua expresión, placer y encuentro personal con quien se ha envejecido o se desea compartir de manera permanente o pasajera. Por ejemplo, frente al cambio objetivo en la frecuencia se impondría el placer, colocando en tela de duda la comparación desventajosa con la juventud. Así como señalan Butler y Lewis (1988), *importaría el placer y la posibilidad de intimidad sexual*, no si eso es producto de una alta o poca frecuencia o de muchas eyaculaciones, además, la misma frecuencia haría referencia a los cambios propios de la edad, producto del envejecimiento y negarse a asumirlos podría representar a su vez un serio obstáculo para el disfrute sexual en esta fase. *Las respuestas en todo caso dependerán de la especificidad, es decir, del hacer particular del sujeto frente a su sexualidad envejecida* que en referencia a su pasado, a su historia, a su socialización y neurosis, encontrará o construirá los caminos posibles por el lado de alternativas saludables y de aceptación activa o por el contrario, del lado de la negación y la adaptación pasiva.

Las mujeres por otra parte tal y como se ha hecho mención no corren mejor suerte, pues son socializadas bajo la consigna de que 'el sexo' es para el disfrute del género masculino, designando el desarrollo de su identidad sexual bajo las marcas del temor o la dependencia sexual hacia la figura masculina. Situación de desventaja que igualmente puede agudizarse en la mediana edad y la vejez.

Numerosos estudios han podido demostrar cómo las personas adultas mayores mantienen su deseo sexual (O'Donohue, 1989; Salvarezza, 1988; Garita, 1993), aunque no puedan ser satisfechos por falta de pareja u otras motivaciones psíquicas y sociales, como por ejemplo en el caso de mujeres viudas, solteras o divorciadas, quienes encuentran dificultades incluso para su verbalización por el temor al estigma, la culpa y el rechazo.

Los diferentes autores (Master y Johnson, 1978; Salvarezza, 1988; Aducci, 1988) tienden a señalar de igual manera cómo

muchas mujeres llegada la menopausia asumen el fin de su sexualidad por no haber recibido una adecuada formación sexual y como consecuencia de actitudes históricas de indiferencia por parte de su pareja ante su escaso conocimiento y experiencia, bajo comportamientos orientados hacia su sola satisfacción —la de ellos— y asumiéndolas —a ellas— como simple objeto sexual. También al considerarse la menopausia como imposibilidad para procrear se promueve que la sexualidad pierda sentido para algunas mujeres, en conjunción con las creencias y las fantasías persecutorias que con respecto al proceso menopáusico, han sido transmitidas por la sociedad.

Empero, la menopausia brinda la oportunidad de excluir la preocupación por el embarazo, lo que podría ser una ventaja para aprender a disfrutar. En este sentido Master y Johnson (1978), señalan con base en Kinsey, que las mujeres postmenopáusicas cuando jóvenes experimentaron un matrimonio satisfactorio y estimulante continúan en los años de la menopausia y posteriormente, con una actividad sexual con poca o ninguna interrupción. Se tiende a argumentar paralelamente (Master y Johnson, 1978; Butler y Lewis, 1988), que las molestias presentadas por la menopausia son leves en la mayoría de las mujeres, a pesar de las creencias existentes en relación con las graves consecuencias que en términos de la salud general de las mujeres puede acarrear, como acerca del cese de la actividad sexual y el placer. Al respecto, Villarreal (1999), cita diferentes autoras (como: Reitz; la colectiva del libro de salud de las mujeres; Thiriet y Képés; Greenwood; Greer; Sheehy; Laurence Weinhouse; entre otras) para sostener cómo en el abordaje de la menopausia ha existido una perspectiva médico-biologista que asume la menopausia como enfermedad que debe ser curada, perspectiva que comienza a ser desplazada por un enfoque que redime lo social y lo cultural, presentando el proceso menopáusico como un cambio natural estigmatizado por la cultura patriarcal.

En este mismo sentido, Butler y Lewis (1988), señalan de acuerdo con los estudios realizados por Neugarten en la Universidad de Chicago, que:

... los temores que rodean la menopausia son más fuertes en las mujeres premenopáusicas que en aquellas que han completado ya el ciclo menopáusico, lo cual plantea la posibilidad de que la incomodidad y las desventajas de la menopausia, se exageren en la mente de quienes no han pasado por ella (pág. 25).

Del mismo modo Neugarten citada por Salvarezza (1988), insiste en que "... la mayoría de las mujeres experimentan problemas mínimos, pero como están *condicionadas por expectativas culturales en contra*, es muy frecuente que presenten reacciones psicológicas adversas" (pág. 153. El destacado se ha añadido).

Asimismo, Master y Johnson indican que:

Es cada vez más evidente que la psiquis tiene parte igual, si no mayor, que el desajuste endocrino en la determinación de la conducta sexual de la mujer postmenopáusica. Si los factores endocrinos fueran los únicos responsables de la conducta sexual... la respuesta a la disminución o falta de hormonas sería relativamente uniforme (1978, pág. 216. El destacado se ha añadido).

En este sentido Salvarezza (1988), subraya que los desórdenes neuróticos son los que subyacen en la mayoría de los trastornos menopáusicos, que muchas veces terminan 'alejando' a las mujeres de la sexualidad. Problemas neuróticos que según él han pautado la vida de la mujer con anterioridad a este período, por lo que la falta de sensación de bienestar y los trastornos físicos sólo contribuyen a aumentar y reactivar. Del mismo modo Butler y Lewis (1988), argumentan que:

Con excepción de los efectos de la desaparición del estrógeno después de la menopausia, los cambios que acompañan al envejecimiento, interfieren poco en la capacidad sexual femenina... *La declinación del interés sexual en las mujeres a medida que envejecen, parece tener origen más en un reflejo psicológico de defensa o protección, que en una causa fisiológica* (págs. 29 y 30. El destacado se ha añadido).

No obstante, es imperativo señalar que *los problemas neuróticos —que pueden subyacer a algunos de los problemas menopáusicos y a las formas de asumir la sexualidad al envejecer en algunas mujeres— obedecen a una historia personal, social y cultural*, en la que la mujer no sólo ha sido objeto de represión de su sexualidad sino que en un nivel general como persona —en sus diferentes ámbitos vitales— ha sido objeto también de abuso y marginación en —y de parte de— una sociedad falocéntrica, de manera especial, desde las formaciones sociales de principios del siglo XX para las actuales mujeres ancianas. Así pues, al plantearse y reconocerse la importancia de los problemas neuróticos como base de muchas de las dificultades para el disfrute de la sexualidad en la mujer menopáusica y posmenopáusica, *no debe olvidarse ni excluirse de ninguna manera el reconocimiento y la denuncia paralela —en especial desde una posición científica crítica— de la responsabilidad social e histórica de su mismo sufrimiento neurótico.*

Por estas razones debe añadirse a la evidencia y experiencia subjetiva, la enorme influencia social negativa sobre la asunción de la sexualidad en la mujer en general y como reflejo histórico en la mujer anciana y de mediana edad en particular, pues si bien es cierto tal y como señala Salvarezza (1988), que la mujer al envejecer presenta menos dificultad en la respuesta sexual fisiológica que el hombre (erección lentificada y difícil de alcanzar), siendo por lo tanto más estable biológicamente, su desventaja social es de una magnitud mayor. Blasco dice por ejemplo que “la condena del goce femenino aparece sin máscaras en esta etapa que evidencia una sexualidad sólo para el placer, sin el justificativo de la maternidad” (1998, pág.2).

Blasco (1998) señala asimismo, que la mayoría de las mujeres en la perimenopausia al observar angustiada una demora en la erección del compañero, considera que ella ya no lo excita como antes, que tiene problemas con su marido o su pareja y además, insegura con ella misma, busca eludir los juegos previos temerosa de mostrarse ante él. Lo que entonces corresponde a un cambio natural y fisiológico en el cuerpo del hombre la lleva a endosárselo

a ella misma como responsable, llegándose a sentir culpable.

Retomando nuevamente a Chodorow (1984), es posible establecer en esta línea algunas extrapolaciones posibles. Ella explica cómo los hombres al defenderse contra las amenazas que les plantea el amor al haberse entrenado para la masculinidad en la represión de las necesidades afectivas relacionales, podrían resultar a menudo intolerantes y devaluadores de quienes manifiesten necesidades de amor, en un intento de negar sus propias necesidades, considerando difícil y por tanto de riesgo encarar los requerimientos emocionales provenientes por parte de las mujeres. Resulta de esto en la práctica según Chodorow (1984), una colusión masculina para mantener distancia de lo afectivo de todas ellas. Mientras que, en las mujeres, al haberse promovido el desarrollo a través de los demás en relaciones afectivas particularizadas especialmente en la vida familiar, se refuerzan e idealizan los roles concernientes al de esposa y madre, dirigiéndose exigencias contradictorias como el de pasividad y dependencia en relación con los hombres y el de actividad e independencia en relación con los y las menores.

De ahí que con poca extrañeza podría observarse el que una mujer anciana frente a su compañero anciano con dificultades para la aceptación de los cambios fisiológicos en su sexualidad, ensimismado, con distancia y defensas variadas hacia la comprensión de esos cambios como distante hacia la interacción, la cercanía y el diálogo con ella como producto de sus dificultades frente a la sexualidad —la de él— se dijera a sí misma, de modo consciente o inconsciente que: “si ya a él ya no le funciona ni quiere nada ahora en la vejez, porque yo, una mujer y abuela, va a querer algo de la sexualidad”, sumándose a los roles de esposa y madre el de abuela asexual, en una actitud de solidaridad e identificación frente a la sexualidad ‘debilitada’ de su viejo compañero. Por su parte, Chodorow (1984), expone que:

Las mujeres no han reprimido sus necesidades afectivas. Siguen deseando amor y confirmación narcisista y pueden estar muy dispuestas a ignorar las limitaciones de su amante o marido masculino

a cambio de demostraciones de amor y cuidado. Esto las puede llevar (entonces) a la negación de pulsiones eróticas y agresivas más inmediatas (pág. 289).

Es claro entonces como a la mujer envejecida la sociedad le exige con mayor vehemencia su asexualidad. Su sexualidad es cosa del pasado, como lo es ahora su imposibilidad para engendrar.

Blasco (1998), cita magníficamente a la psicoanalista Marie Langer al expresar con claridad, que: “Es tan difícil no ser ‘ridícula’ en esta etapa, en que todos esperan una conducta de ‘bella dama digna’, cuando la mujer está llena de deseos de ‘vieja dama indigna’, según los valores de nuestra cultura (y sociedad)” (pág. 4).

Dinámicas represoras en las que al final ambos géneros salen perdiendo. Tanto para el hombre como para la mujer después de la mediana edad los estigmas y expectativas sociales se presentan como camino cuesta arriba, para poder asumir el goce de su sexualidad, lo que se encuentra al mismo tiempo ligado, como ya ha sido expuesto, con la consecuente reactualización de procesos neuróticos desde lo personal, y el reforzamiento de la descalificación continuada desde lo sociocultural.

En relación con esto Aducci (1987), señala que:

... casi todos los autores coinciden en que existe una correlación entre la intensidad de la vida sexual en la vejez y la de épocas anteriores, habiéndose podido verificar que una vida sexual particularmente intensa durante la juventud, se presenta a menudo como antecedente de una prolongación de la vida sexual en la senescencia, y estrechamente vinculada a la represión infanto-juvenil (1987, págs. 189-190).

Es posible afirmar de modo consecuente cómo el destino de la sexualidad en la vejez y en la mediana edad, no la determina la biología sino la dialéctica existente entre la naturaleza interna y externa en los ámbitos histórico-social. *Es en su dinámica psicológica en interacción con las condiciones socioculturales como puede adentrarse en la comprensión de*

las reacciones y formas particulares, de asumir y hacer, frente a la sexualidad en el envejecer en cada persona después de la mediana edad.

4.3. LA SEXUALIDAD EN EL ENVEJECIMIENTO COMO PRODUCCIÓN Y NO SOLO COMO PROHIBICIÓN SOCIOCULTURAL Y PERSONAL AL MISMO TIEMPO

En medio de la trama referida a la sociedad y la cultura occidental no dejan de sacar provecho frente a semejantes configuraciones de negación y rechazo ya no sólo por su participación en sus roles como cómplices en su causación prohibitiva, en conjunción con factores neuróticos-personales, sino además en la inversión para su mantenimiento efectivo por medio de su ya establecida significación.

Se trataría por consiguiente de resaltar ahora no solo la sexualidad respecto a su versión negativa en su vinculación con la prohibición sino fundamentalmente con la positiva como producción (Foucault, 1999). Cabrían aquí algunas interrogantes: ¿Qué se produce o cuáles son las posibles ganancias —socioculturales— con respecto a la relación actual entre envejecimiento y sexualidad? ¿Cuáles serán los réditos más allá de las prohibiciones concretas de las propias personas viejas (cosa que ya es bastante)? ¿Cuál sería la función sociocultural de tal dinámica descalificadora? ¿Por qué?

Sin ánimo de respuestas absolutas es posible comprender cómo la sexualidad después de la mediana edad y de modo especial durante la vejez, al verse no disminuida *sino arremetida cual ataque terrorista por todos los flancos posibles, coadyuva en la producción de imágenes y roles asexuales, que fortalecen cual proceso catalizador (he aquí lo productivo y positivo para la hegemonía sociocultural), de diferentes mecanismos de poder, opresión, explotación y producción en otros ámbitos vitales, y no sólo para los que sirven de actores en escena (es decir para los y las que están en la vejez o la mediana edad). La asexualidad en esta época como ejemplarizante y aleccionadora para otras edades, lugares y ‘matrices’, como la familia, la juventud, la vida adulta, la infancia, la escuela, el trabajo, la responsabilidad y el deber.*

Si para todos y todas en la familia y la comunidad los viejos ya no pueden, ya no sirven —¡por eso se jubilan por supuesto!, ¡ya jugaron tanto! — y ya impotentes solo esperan fallecer, se favorece la confirmación y el fortalecimiento en todas las personas y no solo en las que se hayan cercanas o de hecho en la vejez, de ideas, fantasías, creencias y/o ideologías de lo verdaderamente intrascendente, superfluo y pasajero, puro efímero y vulgar placer. Placeres y éxtasis en escisión de los que constituyen verdaderos y trascendentales sentidos y valores —desde la lógica amparada en la prohibición como en la producción—.

Situaciones y momentos como las juveniles y pueriles preocupaciones por el sexo, el autoerotismo, el hacer el amor, el amor mismo, el placer de los cuerpos deseantes y amantes, por aspectos certera y 'efectivamente' significativos, duraderos y válidos para el depósito de la energía vital en ámbitos como el trabajo —¿alienado?— o el cumplimiento de lo debido en la vida —desde la moral hegemónica y social como también desde lo religioso—. Producir, cumplir, obedecer y al final con resignación, pasividad y regocijo (en paz y en una silla mecedora ¡por su puesto!), esperar el fin de la vejez y la sexualidad, casi de la muerte en la vida misma de acuerdo con los actuales procesos de exclusión a través del fenómeno del viejismo. Trabajar, casarse, criar hijos, cuidarlos, vigilarlos, ganar dinero, tener, producir, y si queda tiempo... hacer el amor, ¿no lo confirman acaso los propios viejos en su tranquila, natural y para nada sorprendente asexualidad? De ahí la defensa consciente o inconsciente de los roles socialmente aguardados para las personas ancianas en su asexualidad.

Conformándose de ese modo la enorme importancia de la figura sociocultural de *la abuela cuida niños, cocinera, hace galletas, tejedora, comprensiva, suavcita y delicada, del abuelo cuenta cuentos, hace mandados, consejero, no del abuelo o de la abuela como amantes, como viejos deseantes que hacen el amor*, del mismo modo como aquellos que juegan, disfrutan y se entregan al amor y al placer en su período de mediana edad. Sería realmente horroroso para los cuentos de hadas pensar en una abuela que se pasea despreocupada y

deseante por el parque con su nuevo novio o amante, mientras en casa esperan su tejido, sus nietos, o sus hijos que esperan el cuidado y la atención de los primeros.

Dinámica en la que se amalgaman aspectos propios del desarrollo cultural de la sociedad occidental patriarcal, estigmatizada a su vez de la vejez y del proceso del envejecer en sus conexiones específicas además con el desarrollo psicosexual y subjetivo en particular.

Al respecto es válido resaltar como Chodorow (1984) retomando a Parsons, expone cómo la familia contemporánea orientada hacia el éxito o logro generalizado y no hacia objetivos y pautas interiorizadas, crea personalidades 'que se han convertido en un recurso fluido de las funciones sociales'. Del mismo modo verbigracia, una sociedad globalizada en perspectiva económica neoliberal.

Todo, apuntando *al engranaje en lo que socialmente corresponde*, no en la búsqueda de cómo seguir deseando, de cómo seguir siendo buenos o buenas amantes o cómo aprender a serlo en la vejez, en exclusión de la pregunta por el deseo, su específica historicidad o relación consigo mismo y su cuidado, sino con lo masivamente externo y estandarizado.

No obstante, a pesar de la sexualidad como prohibición o como producción, es posible continuar con el deseo de desear; capaces a pesar de todos los obstáculos de oponer resistencias activas y creadoras, en la construcción por una expresión más libre de la sexualidad al envejecer.

CONSIDERACIONES FINALES

Como producto del proceso de envejecimiento se desarrollan una serie de cambios objetivos y medibles en la fisiología sexual, que permiten comprender y esperar que la experiencia genital presente variaciones en cuanto a tiempo de reacción y a la frecuencia. Esto, sin embargo, no implica en absoluto el abandono de la actividad sexual genital y mucho menos del disfrute de la sexualidad en general, pues las variaciones fisiológicas tienen una influencia parcial pero no total sobre la capacidad de respuesta.

No obstante es en esta vertiente donde pueden encontrarse las mayores confusiones, temores, creencias y fantasías persecutorias en relación con la sexualidad de las personas en el proceso del envejecimiento, lo que obedece por un lado a desinformación, concepciones erradas, parciales, naturalistas, biológicas, mórbidas y productoras con respecto al envejecimiento y la sexualidad, como a aspectos ideológicos de rechazo y a factores inconscientes afectivos propios de la historia personal.

Es claro en todo ello cómo los énfasis socioculturales y los significados personales se convierten en condicionantes para una tendencia prejuiciosa, represiva y descalificadora en torno a las relaciones posibles entre sexualidad y envejecimiento, lo que lleva a contemplar que si tanto las personas viejas como las jóvenes se rigen bajo el *principio excluyente de envejecimiento y sexualidad*, efectivamente se tenderá a responder en consecuencia con tales postulados. Lo que convierte a estos factores —psicológicos y socioculturales— en *determinantes* de las respuestas particulares más que los factores fisiológicos que —aunque importantes— se convierten en *desencadenantes o confirmadores* de los primeros.

Esto apuntaría hacia la importancia que desempeñan las motivaciones especialmente inconscientes aunadas a factores provenientes de la sociedad y la cultura occidental, en las formas de asumir y experimentar la sexualidad en esos períodos de la vida por cuanto los cambios fisiológicos debidos al paso de los años como ha quedado establecido, no son de manera alguna por sí solos incapacitantes, impulsando a adentrarse en el mundo de la subjetividad, la biografía y lo particular. Reducir de tal manera sexualidad y envejecimiento a dinámicas fisiológicas sería perpetuar la mistificación, intentando arrancar y anular en el sujeto aspectos propios de su intrínseca constitución como producto de nexos de sentido que hacen y construyen su vida desde épocas anteriores, desde siempre *en su subjetividad*.

Así la neurosis particular y por lo tanto los conflictos inconscientes no resueltos que han acompañado al sujeto desde viejas décadas en sus años de juventud, representan la antesala

para las formas en las que se asumirá y experimentará la sexualidad en la vejez. Importa por lo tanto el desciframiento y la elaboración de los *significados particulares de su vivencia en cada persona al envejecer*.

BIBLIOGRAFÍA

- Adduci, Eduardo (1987). *Psicoanálisis de la vejez*. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Kargieman.
- Anzola Pérez, Elías (1988). *Programa regional de salud de los ancianos, situación actual y perspectivas*. Documento presentado en la Conferencia "Aging, Demography and Well-Being in Latin America". Gainesville, Fla., EE.UU., 23-25 de febrero de 1988.
- _____ (1985). "El envejecimiento en América Latina y el Caribe". En: *Hacia el bienestar de los ancianos*. Publicación científica nro. 492. Washington, DC. Organización Panamericana de la Salud.
- Blasco, Sonia (1998). *Temas de Psicogerontología II*. Programa de Seminarios por Internet. Psiconet. <http://psiconet.com/seminarios>.
- Butler, Robert y Lewis, Miran (1988). *Amor y sexualidad después de los 40*. Barcelona. Editorial Martínez Roca.
- Chodorow, Nancy (1984). *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. (Primera edición). Barcelona, España: Editorial Gedisa SA.
- Cloria, Clara (1992). *El sexo oculto del dinero. Formas de la dependencia femenina*. México. Ed. Paidós.
- Foucault, Michel (1999). *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales Volumen III*. Barcelona, España: Editorial Paidós.

- Garita Sánchez, Gustavo (1993). "Estudio de los procesos de configuración de la psicodinámica depresiva en los ancianos: un estudio interpretativo". *Tesis* para optar por el grado académico de Licenciado en Psicología. Universidad de Costa Rica.
- _____ (2001) a. "Aprendizaje significativo: un asunto de subjetividad e interacción en el aprendizaje". En: *Revista de Ciencias Sociales*. Universidad de Costa Rica. Nro. 92-93, 2001 (II-III), pp. 159-169.
- _____ (2001) b. "Aprendizaje significativo: de la transformación en las concepciones acerca de las formas de interacción". En: *Revista de Ciencias Sociales*. Universidad de Costa Rica. Nro. 94, 2001 (IV).
- Master, W. y Johnson, V. (1978). *Respuesta sexual humana*. Buenos Aires. Editorial Intermédica.
- _____ Mishara y Riedel (1980). *El proceso de envejecimiento*. Editorial Norata, SA.
- O'Donohue, William (1989). "Conducta sexual y problemas de la edad avanzada". En: Carstensen, Laura y Edelstein, Barry (comp.). *Gerontología Clínica: el envejecimiento y sus trastornos*. Traducido por Lienas y Massot Bibiana. Barcelona. Editorial Martínez Roca.
- Papalia, Diane E. y Sally Wendkos Olds (1992). *Desarrollo humano*. México: McGraw-Hill/ Interamericana SA.
- Salvarezza, Leopoldo (1988). *Psicogeriatría. Teoría y Clínica*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Villarreal, Cecilia (1999). "Envejecimiento y menopausia". En: *Revista Anales en Gerontología*. Revista de la Maestría Interdisciplinaria en Gerontología. Universidad de Costa Rica. Volumen 1, nro. 1.

Gustavo Garita Sánchez
ggarita@cariari.ucr.ac.cr

